

¿Quién puede hablar de esta suerte, sino aquel que tiene todo en su mano?

¿Quién puede hacerse creer, sino aquel para quien hacer y hablar es una misma cosa?

Es de notarse que el Salvador ejecutó, al instituir la Eucaristía, cinco acciones sucesivas.

Primera: Tomó el pan, uno de los ázimos que se hallaban en la mesa: estos panes eran de forma redonda y eran grandes á fin de que, divididos en veinte pedazos, cada concurrente pudiese recibir uno de ellos de mano del padre de familias.

Segunda: Levantó un poco el pan y al mismo tiempo levantó también los ojos hacia el trono de su Padre y le dió gracias: alabó el poder que le había dado sobre toda la naturaleza, y el permiso que en esa hora le concedía, para entregarse á sus apóstoles en alimento y, por ellos, á todos los que en lo futuro creyeran en su palabra.

Tercera: Bendijo el pan, y es probable que lo bendijera, haciendo sobre él, con la mano, el signo de la cruz é invocando al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo y que es un fuego que consume.

Cuarta: Dividió el pan en tantas partes, cuantos convidados había.

Quinta: Lo dió á sus discípulos.

Cuál de estas cinco acciones fué acompañada de las palabras sacramentales.

¿Acaso la última, como parece indicarlo, á primera vista, el texto evangélico?

No, responde Santo Tomás: al ejecutar las cinco acciones mencionadas, pronunció el Salvador la forma de la Eucaristía: el participio *diciendo* enuncia que estas palabras, *este es mi cuerpo*, se refieren á todo lo que precede. No hay motivo para que su relación se limite á la última palabra, como si Jesucristo no hubiese pronunciado la forma Eucarística, más que en el momento en que, dividido el pan, lo dió á sus discípulos.

El verdadero sentido, según Santo Tomás, es este: al mismo tiempo que el Salvador, bendijo el pan, que lo partió, y que lo dió á sus discípulos, pronunció estas palabras: "Tomad y comed, este es mi cuerpo." Lo mismo debe decirse respecto de las palabras que pronunció al tomar el cáliz, que contenía vino mezclado con algunas gotas de agua, al bendecirlo y darlo á sus discípulos.

Antes de pasar adelante, adoremos, como dice Bossuet, esas misteriosas palabras, y gustemos, meditándolas, su inefable dulzura.

PRESENCIA REAL.—SACRIFICIO.—COMUNION.

Luego que el Redentor de la humanidad pronunció, con acento dulce pero eficaz y poderoso, las misteriosas palabras sobre el pan y sobre el vino, se realizó un triple prodigio: ellas convirtieron en el instante el pan y el vino en la real y viva sustancia del que las pronunciaba; lo inmolaron, en sacrificio verdadero; hicieron de él, un alimento espiritual, capaz de nutrir las almas y de mantener en ellas la vida sobrenatural.

Apenas fueron pronunciadas sobre el pan, cuando bajo las apariencias que de este quedaban, se encuentra Jesús que las hizo escuchar: él mismo se tiene en sus propias manos, se ve con sus propios ojos en el sacramento, y él mismo, á pocos instantes, va á ser su propio alimento.

Como las palabras de la consagración debían, como efecto necesario, producir, bajo las especies, á la persona de Cristo, en el estado en que se encontraba al pronunciarlas, con la sola restricción de que su cuerpo estaría privado de toda dimensión exterior y de los efectos que de la extensión

se desprenden, claro es que, bajo el pan y el vino que tenía en sus manos, estaba presente tal como los apóstoles lo estaban mirando, con su carne pasible, con su sangre capaz de derramarse, con su vida perecedera y mortal.

Hoy, sobre los altares de la Iglesia Católica, al consagrarse la hostia, queda, en lugar de los elementos consagrados, el cuerpo impasible é inmortal de Jesucristo, porque así está glorioso y radiante en los cielos.

Pero en la primera hostia de la cena, Jesús estaba pasible y mortal, porque pasible y mortal era su naturaleza, al instituir, en aquella noche de los más dulces recuerdos, el sacramento en que dejaba á la humanidad, testimonio vivo de su amor infinito.

Estaba su cuerpo, bajo las especies del pan de la cena, pasible, es decir, capaz de sufrir, pero de sufrir, no los dolores que pudieran inferirle ó causarle agentes corporales, contra los que le protegía su modo de ser inapercibido y como espiritual bajo las especies, sino lo que un cuerpo puede experimentar, por la acción inmediata de una alma sujeta al sufrimiento y á la separación violenta de la muerte.

De manera que, como dice el Padre Tesnière,¹ si se hubiera conservado alguna partícula del pan consagrado en la cena, durante el Viernes Santo y hasta la mañana de Pascua, Jesús, bajo esta partícula, habría estado al abrigo de los azotes, de las salivas y de los golpes que cruelmente le atormentaron en el Pretorio; pero su alma habría sufrido, al mismo tiempo que en Gethsemani, las amarguras de la agonía, y el Viernes, á las tres, esa hostia viva se habría cambiado en un sudario.

Santo Tomás, con su incomparable precisión, se expresa así: "Jesús dió á sus discípulos su cuerpo, cual lo tenía entonces, *taie corpus tunc dedit discipulis, quale habuit.*"²

Cristo, agrega el santo Doctor, tenía un cuerpo pasible, *passioni paratum.*

En consecuencia, el cuerpo de Cristo bajo la especie sacramental, era un cuerpo pasible.

Pero aun cuando bajo las especies de pan estaba el cuerpo de Cristo pasible, estaba de un modo impasible: *impassibili tamen modo erat, sub specie sacramenti,* agrega Santo Tomás.

Y la razón es clara: así como la visión, son

¹ Predica. Eucaristic. tomo 1º

² III P. g. 81, a. 3.

también palabras de Santo Tomás, requiere el contacto del cuerpo que se ve, del mismo modo la pasión ó el sufrimiento requiere el contacto del cuerpo que sufre con aquel que lo hace padecer. Y como el cuerpo de Cristo bajo el sacramento no estaba, el día de la cena, en dimensiones que pudiese tocar á otros cuerpos, es evidente que no podía resentir dolor ó sufrimiento que le pudiera causar una causa corporea.

Santo Tomás resume así estos principios: En consecuencia, todo lo que pertenece á Cristo como es en sí, es decir, sin relación á cuerpos exteriores, podía atribuírsele, aun existiendo bajo la especie sacramental, como el vivir, el morir, el entristecerse, el estar animado ó inanimado; pero lo que puede convenirle, por su relación á cuerpos extraños, no podía atribuírsele, bajo la especie sacramental, como el ser burlado, flagelado, crucificado y otras de esta especie.

Así es que, en el día de la cena, el cuerpo de Cristo estaba bajo la especie de pan, tal como se hallaba en el momento en que daba ese pan á sus discípulos, es decir, con una naturaleza pasible, pero de un modo inmortal é impasible.

La presencia real de Cristo en las especies con-

sagradas fué el efecto inmediato de las palabras que pronunciaron sus labios.

Cristo dijo: "Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: esta es mi sangre, que por vosotros será derramada."

En estos momentos quedó instituido el sacrificio.

Verdad es que ese cuerpo había de ser entregado y esa sangre había de ser derramada, al día siguiente de aquel en que el Salvador celebraba la Pascua con sus discípulos; pero en la voluntad de Jesucristo, ese cuerpo era entregado y derramada esa sangre, en la misma noche de la Institución.

Este cuerpo, pudo decir Jesucristo en la noche de la cena, os lo doy á comer, como la carne de una víctima; esta sangre está ya vertida, pues la podéis llevar ya á vuestros labios.

Y á fin de que la realidad interior del sacrificio apareciera claramente, el Salvador se consagra él mismo bajo las dos especies de pan y de vino: esta separación anuncia y profetiza la separación del día siguiente: la anticipa sin duda.

Jesús, en fin, dispone el alimento de las almas: se hace apto para ser comido: se sirve á sus após-

toles, como el pan de la vida, como el vino que engendra la pureza de las vírgenes.

Presencia real, sacrificio, comunión, este triple aspecto de la Eucaristía, este triple estado, este triple fin, aparece al mismo tiempo.

Todas estas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, que desafían no sólo á la inteligencia humana, sino también á la inteligencia angélica, se realizan en un instante, en el instante que se gastara en pronunciar aquellas palabras divinas.

Y á fin de que estas maravillas lleven en sí el poder de renovarse, como lo llevaron, en el día de la creación, todos las obras de Dios, el Salvador, al mismo tiempo que instituye la Eucaristía, funda el sacerdocio de la nueva alianza, que ofrezca el sacrificio perpetuo y lleve el pan de vida á todas las generaciones.

"Haced esto en memoria mía."

El sacerdocio nuevo quedó establecido, al lado del nuevo sacrificio.

Este sacerdocio acabará el último día de los tiempos.

San Pablo dice, haciéndose eco de las palabras de Jesucristo: "Todas las veces que comieréis de

este pan, y beberéis de este cáliz, renovaréis y anunciaréis mi muerte hasta que yo venga.”

Es decir, hasta que venga Jesucristo á juzgar á los hombres y á cerrar la serie de los tiempos, que será en aquella hora, en que se consume la última oblación del pan Eucarístico.

COMUNIÓN DE JESÚS Y DE LOS APÓSTOLES.

Una vez convertido el pan en el cuerpo, y el vino en la sangre de Jesucristo, por la eficacia omnipotente de su palabra, tomó El mismo de ese pan celeste y de ese vino admirable, antes de distribuirlos á sus queridos y admirados discípulos.

La primera comunión que se hizo en el mundo cristiano, fué la de Jesucristo: él fué el primero que recibió, por su propia mano, su cuerpo precioso y su sangre redentora.

No puede ponerse en duda la verdad de este hecho singular y admirable.

“He deseado, decía Jesucristo al comenzar la

última cena,¹ con el deseo más vivo, comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer.”

“En verdad os digo, agregaba,² que ya no comeré de esta Pascua tan deseada, hasta que su misterio se cumpla en el reino de Dios.”

Estas palabras inequívocas del texto Evangélico, revelan con toda claridad, que Jesucristo tomó su cuerpo y su sangre en la última cena.

Y Santo Tomás de Aquino, maestro admirable y guía seguro en estas materias delicadas y difíciles, así lo enseña con frase clara.

Cristo, dice el sabio Doctor, hacía él mismo todo aquello que deseaba se observara por los demás.

A este respecto, es precisa la palabra que se lee en los “Hechos de los Apóstoles:”³ *Capit.*, dice el Sagrado texto, *facere et docere.*

Jesús hacía y luego enseñaba.

Por eso, agrega Santo Tomás, quiso ser bautizado antes de imponer y enseñar el bautismo á los demás.

Así es que él tomó su cuerpo y su sangre antes

¹ San Lucas, XXII—15.

² Lugar citado.

³ I.—1.

de hacer partícipes á sus discípulos de esta inefable dulzura.

Santo Tomás, para ministrar un argumento de tradición, dice que algunos escribieron estos versos:

*Rex sedet in cœna turba cinetus duodena;
Se tenet in manibus, se cibat ipse cibus.*

San Jerónimo¹ decía: "Nuestro Señor Jesucristo fué, él mismo, convidado y convite; él mismo comía y era comido. *Dominus Jesus Christus ipse conviva et convivium, ipse comedens et qui comeditur.*

Jesucristo, pues, recibió espiritual y corporalmente su propio cuerpo y su propia sangre, no para que en él se aumentara la gracia, que no podía aumentarse, porque él es su principio y su fuente, sino para percibir cierto deleite espiritual que tenía que causarle la nueva institución de este Sacramento.

Así lo enseña el Doctor Angélico cuando dice: *Quamvis autem Christo gratia non fuerit augmentata ex susceptione hujus sacramenti, habuit*

¹ Ad. Hedibiam, quæst. II, col. 986, tom. I.

*tamen quamdam spirituales delectationem in nova institutione hujus sacramenti.*¹

De manera que nuestro amable Salvador fué el primero que tomó una de las partes en que había dividido la especie de pan; fué el primero que llevó á sus labios el cáliz que contenía su sangre.

Sacerdote verdadero y perfecto participó de la víctima que acababa de ofrecer

No podía este alimento, como acaba de expresarse, producirle aumento de gracia: su alma estaba colmada de ella desde el primer momento que vino á la vida.

Sin embargo, recibió el pan de los fuertes á fin de fortalecerse para los combates del siguiente día; para llenar su alma de una sobreabundancia de gozo espiritual y sumergir su corazón en un baño de dulzura y consuelo, como dice el padre Tegner, en aquella hora en que oía que ya subían, rugiendo como en enfurecido mar, las olas de mortal tristeza que debían envolver su alma atribulada, durante la agonía.

Jesús tomó su propio cuerpo y su propia san-

¹ III Quæst. 81, art. I.

gre, porque de ese cuerpo y de esa sangre tenían que participar sus discípulos, á quienes llamó entonces sus amigos en la acepción genuina de esta palabra: *quia pueri communicaverunt carni et sanguini, et ipse participavit eisdem.*

Tal es la sinceridad del amor de Jesús y la enternecedora armonía con la cual funda los misterios divinos sobre las costumbres humanas, levantándolas y divinizándolas.

El Salvador puso, después, en la mano de cada uno de sus discípulos una porción de pan Eucarístico y el cáliz en que está su sangre divina.

¡Qué pasaría entonces en el alma ardiente de Pedro, en el tierno corazón de Juan y en cada uno de aquellos Apóstoles que habían abandonado todo por seguir á Jesús, y á quienes Jesús amaba con un amor tan verdadero, tan dulce y tan profundo!

¡Oh comunión divina de Jesús!

Tu eres el consuelo de los que aman con tanto ardor la gloria del Sacramento Eucarístico, porque si cualquier criatura es incapaz de honrarlo como merece, hubo un día al menos en que fué deseado y glorificado con perfección soberana.

Ese día fué aquel en que Jesucristo, su autor

lo deseó, lo comió y abrió á sus eficaces maravillas los tesoros de su corazón.

COMUNION DE JUDAS.

La misma mano que había dado el pan de vida á Pedro, á Juan, á los once discípulos fieles, se extiende á Judas y le ofrece la prenda viva del amor más tierno.

Cristo dió á Judas su cuerpo adorable y su sangre divina.

Esta es, á no dudarlo, la enseñanza de la Iglesia.

San Juan Crisóstomo,¹ San Jerónimo,² San Agustín,³ San Cirilo,⁴ San León,⁵ Santo Tomás⁶ y todos los Padres, con excepción de San Hilario, que son los custodios de la tradición, así lo establecen de un modo uniforme.

El Papa Benedicto XIV,⁷ así resume la tradición: *Eucharistiam a Juda fuisse susceptam,*

1 Hom. 46 in Joan, et 83 in Math.

2 2 Corit, Tor. cap. 14.

3 In pluribus locis.

4 1—9 in Joan.

5 Serm. 5 et 7 de Pasion.

6 III P. quest., 81, art. 1.

7 De Festis D. N. J. C. Pass I C. 160.

præter Cyrillum Hier, Joan Chrys, Hieronym, et Aug., diserte etiam docet S. Thomas, cui assentiuntur theologi omnes.

La Escritura Santa lo enseña también abiertamente.

San Mateo¹ y San Marcos,² con frase inequívoca, refieren que Jesús estaba á la mesa con sus doce discípulos, *cum duodecim*, y que cenando todos, tomó el pan, lo bendijo, lo dividió y lo dió á sus apóstoles.

San Lucas³ refiere que, después de consagrado el cáliz, dijo el Salvador: "Con todo, he aquí que la mano del que me hace traición, está conmigo en la mesa."

Es, pues, indudable que Judas allí se encontraba.

Y como todos los que estaban presentes, después de la consagración del cáliz, bebieron de él, según lo advierte San Marcos, cuando dice: *Et biberunt ex eo omnes*, infiérese, sin esfuerzo, que Judas bebió la sangre preciosa del Redentor del mundo.

1 Cap. 26.

2 Cap. 14.

3 Cap. 22.

La razón lo persuade así de igual manera.

Cristo, dice Santo Tomás, debía darnos ejemplo de justicia.

No convenía, entonces, á su magisterio, el que apartara de la comunión de sus fieles discípulos á Judas que era un pecador oculto, á quien ninguno denunciaba con ese carácter y contra el cual no se había presentado evidente prueba de su iniquidad y de su culpa.

Era, pues, conveniente no separar á Judas de la Comunión Eucarística, para no darle ocasión de pecar y para dejar un ejemplo á los Prelados de la Iglesia, enseñándolos de ese modo á que no alejen del convite divino á pecadores ocultos, como enseña Santo Tomás.

Jesucristo, después de haber consagrado el cáliz, según lo hace notar San Mateo,¹ se expresó de este modo: "Yo os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid, hasta el día en que beba con vosotros del nuevo cáliz en el reino de mi Padre."

Estas palabras parecen revelar que daba á beber su cáliz en la cena, á aquellos que lo habían de beber con él en el reino de Dios.

1 XXVI.-29.

Y como Judas, dadas sus iniquidades, no podía beberle en el reino de los cielos, bien pudiera creerse que tampoco participó de él en la última cena.

Esta observación fué la que movió á San Hilario para sostener que Judas no recibió la comunión de manos de su Maestro, en la noche de su pasión.

Pero, en concepto de Santo Tomás, la observación carece de eficacia, ya porque no fué Jesucristo quien separó á Judas de los demás discípulos, sino él mismo fué quien repudió el convite del cielo, ya porque, hablando Cristo al colegio apostólico, no era necesario, para la exactitud y verdad de sus palabras, que todos y cada uno bebieran en el reino del cielo, sino que bastaba que algunos lo hicieran.

Otra observación pudiera hacerse contra la enseñanza tradicional de la Iglesia.

No deben participar del Sacramento Eucarístico los pecadores manifiestos, y Judas tenía ese carácter, porque Jesucristo antes de la comunión había dicho: "El que mete la mano conmigo en el plato, ese es el traidor."

Cuando Judas preguntó á Jesús, si él era, por

ventura, quien debía entregarlo, Jesús respondió: "Tu lo has dicho."

En fin, cuando San Juan interrogó á Jesús quien era el traidor, Jesús dijo: "Es aquel á quien ahora daré pan mojado."

Y el Evangelista, agrega, que, habiendo mojado un pedazo de pan, se lo dió á Judas, hijo de Simón Iscariote.

No puede, en consecuencia, ponerse en duda que el crimen de Judas era notorio.

A esta dificultad responde Santo Tomás, con su incomparable precisión, con su perfecta y siempre evidente claridad.

Cuando dijo Jesucristo que, era el traidor, el que metía su mano en el plato, no hizo pública la iniquidad de Judas, porque éste la metía, como los demás apóstoles.

Jesucristo, al pronunciar aquellas palabras, se propuso hacer más tangible lo grave del pecado que cometía quien lo traicionaba, como si hubiera dicho: me traiciona el que come conmigo, el que se sienta á mi mesa, el que se sirve de mi propio plato.

Y tan cierto es que con aquellas palabras no reveló la traición de Judas, que el Evangelista

hace notar que después que las hubo pronunciado Cristo, los Apóstoles se preguntaban unos á otros, quien de ellos podía ser el que tal hiciese. ¹

Las otras palabras, "Tú lo has dicho," no son siempre palabras de quien afirma, sino de quien interrumpe ó suspende su juicio, como si dijera, tú lo dices, yo no lo digo.

Y esta es observación de San Agustín. ²

"*Etiam, dice el sabio Padre, hic non est expressum utrum ipse esset; potest enim adhuc intelligi tanquam dixerit: Tu dixisti, non ego dixi.*"

Por último, cuando Cristo dijo á Juan: "Aquel á quien yo diere pan mojado, ese es el traidor," ya la comunión había concluido.

Así lo enseña San Agustín. ³

No hay que dudarle, Cristo dió la comunión á Judas.

Y esta comunión, dice el Padre Tesnière, es una de las obras heroicas del corazón de Jesucristo, que ama hasta la ceguedad, que ama á toda costa y que no desespere de vencer al odio, bajo el peso del amor.

¹ S. Lucas XXII—23.

² Lib. III de Concensu. Evang. C. L.

³ In Joan. tract. 62.

El amor ni ante la ingratitud retrocede: el obstáculo lo agranda, la resistencia lo exalta.

El amor de Jesús, en la comunión de los Apóstoles, que eran los "suyos," no daba por decirlo así, más que el primer paso; pero, en presencia de Judas, ese amor se fortalece, se excita, y, triunfando de las repugnancias que debía experimentar, llega, entregándose á Judas, á su última potencia, demostrando así que no tenía límite conocido.

Ese amor era como el torrente que baja de la cima de las montañas: si da contra una roca que le impide el paso, se detiene algún tiempo para amontonar sus olas y, pasando entonces por encima del impotente dique, se lanza al valle con una impetuosidad, que el obstáculo no hizo más que acrecer y centuplicar.

Judas era, por su incredulidad, la negación audaz de la verdad de la Eucaristía; por su estado criminal, profanaba su imponente santidad, y con su odiosa hipocresía, se burlaba de la indecible ternura que en ella le mostrara el mejor de los amigos.

"Había sido, dice Bossuet, uno de aquellos impíos murmuradores á quienes causara escándalo

la promesa, que hizo Jesús, de dar su cuerpo en alimento, en bebida su sangre.”

“Si quedó escandalizado con la promesa, debió quedarlo con su realización: el banquete sagrado de la Eucaristía, acabó de perder al desventurado discípulo.”

Jesús se entregó á Judas.

Y hace diez y nueve siglos que no rehusa entregarse á muchos traidores que vienen á buscarle á título de amigos.

Aún no concluye la historia de esas traiciones, tan dolorosas cada una, como fué la primera.

¡Plegue al cielo que ya no se escriba en esa historia otra página!

¡Plegue al cielo que ya no se acerque un traidor al convite Eucarístico, en donde el invencible amigo de las almas se entrega á todos, sin reservarse nada.

COMUNIÓN DE MARÍA.

Después de haber contemplado la comunión de Jesús y la de sus fieles discípulos; después que el corazón, desgarrado por honda pena, ha podido

considerar la ternura inefable del Maestro divino, desconocida por la más amarga de las ingratitudes, lacerada por la más negra de las infidelidades, como fué la de Judas, el traidor y el desventurado apóstol, busca el alma, con las ansias más vivas, á María, á la Virgen sin mancha, y se pregunta, si ella recibió, de manos de su Hijo adorado, el delicioso pan de la Eucaristía, la noche misma en que instituyera el Augusto Sacramento.

Las revelaciones de algunos santos lo afirman, dice el Padre Faber, y las probabilidades, bajo el punto de vista teológico, independientemente del peso más ó menos considerable que esas revelaciones puedan tener, inspiran la convicción piadosa de que la dulce Madre del Redentor recibió de manos de éste la Eucaristía, en la noche de la cena.

Los Evangelios enmudecen; pero su silencio no es argumento, sin réplica, contra esa creencia que la piedad ilustrada ampara y sostiene.

De muchos actos importantes de la vida del Salvador no hacen mención los Evangelistas; San Juan dice con palabra inequívoca, al cerrar su Evangelio: “Muchas otras cosas hay que hizo Jesús; que si se escribieran, una por una, me pa-